[Opinión](https://www.nytimes.com/es/category/opinion/) |[Comentario](https://www.nytimes.com/es/collection/comentario/)

Donald, el travieso

Por Paul Krugman

Desde hace un par de meses, las personas atentas se preocupan en silencio ante la idea de que la administración de Trump nos lleve a una crisis de política exterior, tal vez, incluso, a una guerra.

Parte de esta preocupación es un reflejo de la adicción de Donald Trump a la grandilocuencia y la fanfarronería, que queda bien en el sitio web de noticias Breitbart o en Fox News pero no con los gobiernos extranjeros. Sin embargo, también refleja una mirada fría de los incentivos a los que se enfrentaría la nueva administración: mientras los electores de la clase trabajadora comenzaron a darse cuenta de que las promesas del candidato Trump de empleos y cuidados de salud no eran ciertas, las distracciones externas eran cada vez más atractivas.

El punto de ignición pareció ser China, objeto de mucha de la bravuconería trumpista, donde las disputas por islas en el mar del sur de China podrían fácilmente convertirse en incidentes armados.

No obstante, parece que la guerra con China tendrá que esperar. Primero viene Australia. Y México. E Irán. Y la Unión Europea (pero nunca Rusia).

Aunque pareció haber un elemento de cálculo descarado en algunas de las crisis desatadas por esta administración, ahora se ven cada vez menos como una estrategia política y más como un síndrome psicológico.

La confrontación australiana es la que más prensa ha atraído, probablemente porque es tan extrañamente innecesaria. Se podría decir que Australia es, después de todo, el amigo más fiel de Estados Unidos en todo el mundo, un país que ha luchado una y otra vez a nuestro lado. Claro que hemos tenido algunos desencuentros, como sucede con todas las naciones, pero nada que pudiera perturbar la fortaleza de nuestra alianza, en especial porque Australia es uno de los países en los que necesitamos confiar si hay una confrontación con China.

Pero estamos en la era de Trump: en una [llamada con Malcolm Turnbull,](https://www.nytimes.com/2017/02/02/us/politics/us-australia-trump-turnbull.html) el primer ministro de Australia, el presidente estadounidense se jactó de su victoria electoral y se quejó de un acuerdo existente para aceptar a algunos refugiados que Australia ha estado albergando, acusando a Turnbull de enviarnos a “los próximos terroristas de Boston”. Acto seguido, puso fin a la conversación después de tan solo 25 minutos.

Bueno, por lo menos Trump no amenazó con invadir Australia. En su conversación con el presidente Enrique Peña Nieto de México, fue justo lo que hizo. Según [The Associated Press](http://bigstory.ap.org/article/trump-mexico-take-care-bad-hombres-or-us-might-0), le dijo al líder democráticamente electo de nuestro país vecino: “Tienes a muchos bad hombres por allá. No están haciendo lo suficiente para detenerlos. Creo que tu ejército tiene miedo; el nuestro no, así que podría enviar a los míos allá para que se hagan cargo de eso”.

Las fuentes de la Casa Blanca ahora alegan que esta amenaza —recordemos que, de hecho, Estados Unidos ya invadió a México en el pasado, y que los mexicanos no lo han olvidado— fue una broma frívola. Si creen eso, tengo un “México pagará por el muro fronterizo” que podrían usar también.

Los arrebatos con México y Australia han desviado la atención de una guerra de palabras más convencional con Irán, que hizo una prueba con un misil el domingo. Definitivamente, esa fue una provocación. Sin embargo, la advertencia de la Casa Blanca de que “estaba poniendo sobre aviso a Irán” causa una duda: ¿aviso de qué? Dada la forma en la que la administración ha estado alejando a nuestros aliados, no va a haber sanciones más rigurosas. ¿Estamos listos para una guerra?

Además hubo un peculiar contraste entre la respuesta a Irán y la respuesta a otra provocación más seria: la escalada de Rusia de su guerra indirecta en Ucrania. El senador John McCain urgió al presidente a ayudar a Ucrania. Sin embargo, extrañamente, la Casa Blanca no dijo absolutamente nada sobre las acciones de Rusia. Esto se está volviendo un tanto obvio, ¿o no?

Ah, y algo más: Peter Navarro, director del nuevo Consejo Nacional de Comercio de Trump, acusó a Alemania de explotar a Estados Unidos con una moneda infravalorada. Hay un debate económico interesante aquí, pero los funcionarios gubernamentales no debieran hacer ese tipo de acusaciones salvo que estén preparados para librar una guerra comercial. ¿Lo están?

Lo dudo. De hecho, esta administración no parece preparada en ningún frente. Las llamadas beligerantes de Trump, en especial, no parecen formar parte de una estrategia económica o incluso política, los conspiradores astutos no pierden tiempo presumiendo sus victorias electorales ni quejándose del número de asistentes a su posesión.

No, lo que estamos escuchando suena a un hombre que no está a la altura ni tiene el control, que ni siquiera puede simular que está en dominio de sus inseguridades. Sus primeras dos semanas en el cargo han sido un tremendo caos y las cosas siguen empeorando cada vez más, tal vez porque responde a cada debacle con un intento desesperado de cambiar el tema, lo que solo lleva a otra nueva debacle.

Ni Estados Unidos ni el mundo pueden seguir así por más tiempo. Piénsenlo: si tuvieran un empleado que se comporta de esta forma, de inmediato lo quitarían de cualquier puesto de responsabilidad y le sugerirían enfáticamente que buscara terapia. Y resulta que este tipo es comandante en jefe del ejército más poderoso del mundo.

Gracias, Comey.

[Opinión](https://www.nytimes.com/es/category/opinion/) |[Comentario](https://www.nytimes.com/es/collection/comentario/)

Cinco razones por las que la oposición podrá combatir a Trump

Por Javier Corrales

AMHERST, Massachusetts — Las primeras semanas de Trump en el cargo dejaron consternada a la mayor parte del país. Con su avalancha de órdenes ejecutivas y hechos alternativos, haciendo de los extranjeros chivos expiatorios y amenazando el comercio con otros países, Trump confirmó lo que había temido la oposición: que dirigirá al país como un autócrata populista y un proteccionista paranoico.

Sus adversarios están sintiendo impotencia. Los demócratas se sienten desolados al ver cómo el Partido Republicano, el único partido que cuenta en el nuevo Estados Unidos, no se opone a ninguna de las propuestas de Trump.

Muchos demócratas temen que el trumpismo no pueda detenerse. Este temor no es infundado. La forma de gobierno nacionalista y populista-autocrática es un tipo de cáncer agresivo que no se detiene con facilidad. Surge en las democracias y después utiliza las instituciones democráticas para hacer metástasis. Las mismas instituciones que permiten el ascenso de externos que desafían al grupo en el poder —en especial, la libertad de expresión, los partidos políticos internamente competitivos y las leyes— pronto se convierten en blancos del autócrata en cuanto está en el cargo. Ese es el peligro de ese cáncer político: socava a las mismas instituciones que permiten su ascenso, por lo que bloquea a los futuros adversarios.

Después de la elección de 2016, los demócratas se quedaron sin el control de alguna institución importante. Son minoría en el congreso y en la mayoría de las legislaturas estatales. Pronto la burocracia y los tribunales estarán llenos de más simpatizantes de Trump. La democracia bipartidista más famosa del mundo, con Trump como dirigente, se está convirtiendo en un Estado con un partido único.

El autoritarismo populista en el contexto de un Estado de un solo partido no se contendrá fácilmente y mucho menos será vencido. Los demócratas naturalmente intentarán muchas estrategias, muchas de ellas contradictorias. Intentarán utilizar a la prensa para avergonzar a funcionarios del gobierno en televisión al atraparlos mintiendo; en otras ocasiones se rehusarán a invitarlos a hablar. Participarán en debates feroces con los simpatizantes de Trump; a veces intentarán ser más educados. A veces tratarán de negociar con el gobierno; en otras ocasiones serán obstruccionistas. Firmarán peticiones y marcharán o se quedarán callados para evitar llamar la atención. Denunciarán al gobierno en las redes sociales y publicarán cosas que no tengan que ver con la política para no regodearse en su miseria.

Lo más probable es que muchas de estas tácticas, sin importar lo distintas que sean, no tengan resultados inmediatos. El problema no es que estas estrategias sean incorrectas o estén mal concebidas. El problema es que el cáncer que están intentando combatir es demasiado agresivo, adaptable y difícil de vencer.

Sin embargo, siento que hay esperanza. Comparada con otros países donde autócratas populistas han tomado el poder, la resistencia en Estados Unidos tiene importantes ventajas que puede aprovechar en su lucha contra el trumpismo. Puedo mencionar aquí por lo menos cinco:

Primera: La oposición no está confundida. En otros países, como Venezuela a la llegada de Chávez al poder, el ascenso de autócratas populistas hace que algunas personas primero sientan que las cosas no estarán tan mal después de todo… le dan al líder el beneficio de la duda. Esto es fantástico para el autócrata. Pero eso no está pasando en Estados Unidos. Casi ninguna de las personas que votó por otro candidato que no fuera Trump se engaña de esa manera. Saben lo que ocurrirá y saben que no es bueno.

Segunda: La oposición no está desmoralizada. En muchos países —como en Rusia al comienzo de la era Putin— los autócratas populistas ascienden en el contexto de una gran crisis que fue mal manejada por los políticos. Por lo tanto, los populistas ascienden con el telón de fondo de una clase política que es ilegítima. Pero en Estados Unidos, el partido derrotado, los demócratas, no tienen motivos para avergonzarse de los gobiernos de Obama, sin contar que ganaron el voto popular en las elecciones de noviembre. La tendencia de los votantes de desertar de la oposición e incluso a abstenerse de la política —tan fuerte en el contexto de los ascensos populistas— no parece existir en Estados Unidos. Por ahora, la oposición está energizada.

Tercera: La oposición no está fragmentada. Hay enormes divisiones dentro de la oposición a Trump, desde luego. Pero los politólogos hacen una distinción entre las divisiones y la fragmentación partidista. No hay campo más fértil para la consolidación de autócratas populistas que la fragmentación de un partido. A causa de nuestro sistema electoral, en el que el ganador se lleva todo, hay incentivos mínimos para que los partidos de oposición en Estados Unidos se dividan. Esa es una ventaja.

Cuarta: La oposición no está sola. El Partido Demócrata tiene fuertes aliados: los movimientos sociales. La autocracia populista tiende a surgir cuando el partido de oposición o los movimientos civiles son débiles o cuando ambos son fuertes pero se odian entre sí. Eso no está pasando en Estados Unidos. Al contrario, la oposición alberga fuertes grupos civiles que están cómodos trabajando con el Partido Demócrata. Esto es vital. Combatir la autocracia populista requiere una colaboración entre los partidos y los movimientos: los partidos necesitan movimientos para ayudar a movilizar la opinión, y los movimientos necesitan partidos para hacer estrategias en torno a las prioridades legislativas y las elecciones. Mientras esta colaboración entre partidos y movimientos persista, la oposición será capaz de desviar muchos de los ataques provenientes del Estado.

Quinta: La oposición no será culpada. Ya hemos visto las cifras. En términos de cargos nacionales y a nivel estatal, los demócratas han sido casi diezmados. Pero hay buenas noticias. Cuando la economía caiga, como por lo general sucede bajo el populismo proteccionista, los demócratas no podrán ser culpados fácilmente. No habrán estado participando en el gobierno.

No estoy siendo ingenuo. Mi punto es que, en comparación, hay esperanza. El trumpismo puede contenerse y, sí, ser vencido electoralmente.

Habrá muchos tropiezos a lo largo del camino. Pero la oposición debería recordar que los retrocesos no necesariamente serán el resultado de problemas con el tratamiento, sino con el agresivo tipo de cáncer que está combatiendo. El desafío es no perder la esperanza ni autoculparse demasiado, sino perseverar y experimentar. Dejar este cáncer sin un tratamiento quizá es el peor tratamiento.

Javier Corrales es profesor de Ciencias Políticas en Amherst College. Es coautor con Michael Penfold de "Dragon in the Tropics: The Legacy of Hugo Chávez in Venezuela".